en Sóphokles las estatuas de Athenas se animan, bajan de sus pedestales y declaman, danzan y cantan en el teatro. Los ingleses eran pensadores; los franceses eran divulgadores; los griegos eran artistas.

---



## II

A ese efecto, á formar artistas, tendía toda la educación, desarrollando y afinando las facultades estéticas innatas en la raza. Durante el siglo V, la educación fué una verdadera Musa. El niño dormía sus primeros sueños en esas cunas en forma de sandalia de Hermés ó de escudo cóncavo, de moda entonces en Athenas, arrullado por los cantos melodiosos de la nodriza; y, al despertar, sus ojos inquietos recorrían los vasos y las ánforas en que los alfareros del Cerámico habían dibujado con líneas rojas y negras escenas de escuela y luchas de palestra, ó la tela en que la madre bordaba, con hilo de colores y hebras de oro, viejos episodios de la leyenda. Según cuenta Quintiliano, el filósofo estoico Crysipo recomendaba, en una obra perdida sobre pedagogía, que las familias eligieran nodrizas de lenguaje irreprochable, para que los niños se acostumbraran á oir los encantos del idioma puro; y este testimonio, aunque muy posterior, da idea de la gracia con que Athenas recibía á sus hijos. Hasta los siete años, el niño permanecía en el gineceo, sometido al vigorizante y dulce régimen de los juegos y de los cuentos. Cuentos y juegos le enseña-

ban la mitología y las leyendas nacionales. Sus juguetes le recordaban una brillante fiesta de tres días, las Anthesterias, fiesta de flores y de vino, dyonisíaca y turbulenta, en que la ciudad se llenaba de equipajes lujosos adornados con guirnaldas y arrastrados por caballos blancos de Sicyona; en que los niños, desde los tres años, vestidos de gala, y, como las flores de la fiesta frescos y bellos, cantaban coros ante el altar del hijo de Ayax; y en que la multitud que conducía en procesión, entre danzas y mascaradas, la estatua de madera de Baco, aglomerábase en la noche, á la luz de las antorchas, en el teatro, en donde se servía un inmenso banquete popular, mientras en el santuario, seguida de un cortejo de catorce mujeres nobles, la esposa del arconte celebraba sus nupcias místicas con el ardiente Dios.

Después de los siete años, el niño, acompañado por un viejo pedagogo, iba á las casas de los maestros. Vemos, á través de una estrofa clara y risueña de Aristóphanes, las parvadas de chicuelos que, en un día de invierno, van á la escuela marchando alegremente y cadenciosamente, medio envueltos en sus mantos y la cabeza al aire, bajo el tupido espolvorear de la nieve. En la escuela los alumnos aprendían, con el *gramatista,* la lectura, la escritura, la aritmética y la poesía; y con el *citarista,* la flauta, la lira y el canto. En la palestra se ejercitaban, desnudos, en la lucha, la carrera, el salto, el disco y la danza. Las es-



cuelas tenían estatuas de Apolo y de las Musas, no como un simple ornamento, sino como tienen las nuestras mapas de la tierra y cartas del cielo; y en las palestras se alzaban, sobre altos pedestales, los dioses juveniles, el fuerte Heraklés de bronce y el ágil Hermés de mármol. Toda la enseñanza era literaria, musical y gimnástica. Los poetas, que «en esta nuestra edad de hierro» no son sino poetas, y á veces nada son, eran, en los «dorados tiempos» de la Grecia, sabios venerables. Ahora nos reímos de Víctor Hugo cuando pedantea en la filosofía. Los griegos no eran tan irreverentes. Veían en el poeta un ser sagrado, un confidente de las divinidades, un omniscio maestro de las cosas divinas y humanas. Aun no se abrían á la vida los ojos escrutadores de Sókrates. Yo no sé si el Larousse llegará á ser con el tiempo un poema épico; pero sí sé que La Ilíada era una enciclopedia. En ella había de todo: de religión, de moral, de ciencias, de artes, de geografía, de historia . . . . . , y no faltó escritor antiguo que encontrara hasta ejemplos de frugalidad en la epopeya, porque «los héroes de Homero, dice, no comen sino para saciar el hambre.» En consecuencia, los poetas, los épicos y los líricos, eran los únicos textos de la enseñanza. Pero sin maldecir de la sabiduría homérica ó hesiódica, creo que la principal influencia que los poetas ejercían sobre el espíritu de los niños y de los jóvenes, era una influencia estética que orientaba sus facultades hacia la be-

lleza. La religión helena no fué consignada en dogmas y en credos; sus sacerdotes no fueron teólogos sino poetas; el sudario de las abstracciones no cayó sobre las blancas espaldas de los inmortales. La religión era Helios abriendo en el espacio su vigilante pupila de oro, era Poseidón arrastrado sobre el mar por los corceles que sacudían al viento sus crines de espuma, era el Sátiro llenando las espesuras del bosque de tropeles y de risas, era la ninfa que ondulaba dentro de la gruta en los veneros barbotantes; estaba en los banquetes, en las fiestas, en la guerra, en todos los actos de la vida individual y colectiva, personificada siempre en formas poéticas, y cada quien la interpretaba á gusto de su sentimiento y para deleite de su fantasía. Lo mismo la moral: no era una colección de máximas y preceptos imperativos, sino que caminaba en la calle, hablaba en la tribuna, se batía en la batalla, era un ejemplo viviente, era un hombre, era Cimón el firme ó Arístides el justo.—Así, pues, el *gramatista* enseñaba á los niños, con el estudio de los poetas, á comprender y á sentir la poesía.

El *citarista* era el maestro de música vocal é instrumental. Los griegos creían, y la cultura humana les ha dado toda la razón, que la música, desarrollando el sentimiento del orden y de la medida, y pasando su caricia, como una blanda mano benévola, sobre las pasiones irritadas, hace amar la harmonía en la vida física y en la vida moral. El citarista heleno si-



gue cantando en las maravillosas visiones de Spencer. Platón condenaba las melodías enervantes y eróticas, hijas dulces y engañosas del placer sensual y del lujo frívolo; y sólo admitía los ritmos puros y cordiales, creyendo, como su maestro Damón, que era antipatriótico é impío cambiar las reglas de la música tradicional. Por eso recomendaba á los maestros la manera dórica, «capaz de imitar el tono y los acentos del hombre valeroso que, obligado á exponerse, por los azares del destino, á las heridas y á la muerte, recibe con pie firme y sin doblegarse los asaltos de la fortuna enemiga;» y la manera frigia, «que pinta al hombre en las prácticas pacíficas y voluntarias, persuadiendo y orando, invocando á los Dioses y dando consejos, sensible él mismo á los ruegos y á los consejos de otro, ignorando el orgullo, siempre prudente, moderado y contento.» La música era el complemento de la buena educación. Las almas sordas no aman, y la belleza, que es divina, sólo se revela á los hombres cuando los diviniza la plenitud del amor. En los banquetes, la crátera circulaba de boca en boca y la lira de mano en mano. En la guerra misma se cantaba. Brindábase á los muertos no sólo la libación de miel y de leche, sino el regalo melódico de la cítara, más que la libación dulce y amante. Así, pues, la música estaba naturalmente ligada á la poesía. Lo estaba también á la danza; y las tres hermanas divinas, con la concordia de sus encantos, formaron el Coro que des-

arrollaba su triple harmonía de formas, de cadencias y de versos bajo los pórticos de mármol, en la transparencia azul de las mañanas de primavera. Y, viéndolo bello, los hombres y los Dioses amaron el Coro.

«Cualquiera que haya visitado la Grecia, escribe Paul Girard, ha conservado el recuerdo de esas barcas cadenciosas que se deslizan, en las tardes de estío, sobre el mar inmóvil, ó de esas voces de pastores que hacen oir en las montañas melancólicas cantilenas, ó bien aun de esos aires monótonos que sirven de discreto y poético acompañamiento á los pasos rítmicos de las mujeres de Megara, cuando, formando largas filas, dan á los modernos curiosos que las contemplan la ilusión del coro antiguo.» *

La enseñanza gimnástica, en las palestras de Athenas, se distinguía por la moderación. No era ruda y cruel como en Esparta. No formaba atletas, ni feroces animales humanos, sino hombres bellos y tranquilos. Por eso contribuyó tanto al desarrollo de la vida civil. Las notas de la flauta regulaban los diferentes ejercicios; y como el ritmo de los movimientos es una economía de la fuerza, no eran fatigantes. Cada palestra tenía su flautista. Allí adquirió el ojo de los escultores, en medio de esos modelos admirables que parecían milagros pigmaleónicos, la agudeza de la visión plástica, el sentimiento exquisito é infalible de la forma que produjo esta maravilla: la estatua desnuda,

* Paul Girard. L'Education Athénienne, pag. 181.



serena, casta y gloriosa. Taine ha demostrado, en su «Filosofía del arte en Grecia,» la relación estrecha, causal, de la gimnástica y de la estatuaria. «Fulano de tal, bello» ó «el niño bello:» tales son las sencillas y encantadoras inscripciones —pequeños poemas de amistad y de ternura— que tienen muchos vasos del Cerámico grabadas debajo de la figura fina y graciosa de algún discóbolo de las palestras. En un diálogo de Platón, «Carmides ó de la Sabiduría,» vemos á Sókrates, que platica con varios jóvenes en una palestra, extasiarse á la llegada de Carmides, el «admirable de proporciones;» ilumínase su cara de Marsyas, como si la divinidad que llevaba dentro del alma resplandeciera vivamente, nos figuramos que tiende sus nobles manos para palpar la deliciosa forma del efebo, y sentimos que nos vibra en los nervios la tremulación lírica de su voz cuando, interrogado: «¿qué te parece este joven, Sókrates?,» responde: «¡muy bello!» Y este rasgo, que la calumnia convirtió en acusación sucia é infame, revela en las almas áticas un grado de castidad, de fineza, de elegancia y de gracia en los sentimientos, que difícilmente podemos juzgar los hombres de manos hechas á la maquinaria, de ojos enmiopecidos en el estudio y de espíritus torturados por el enigma.

En las escuelas se celebraba la fiesta de las Musas y en las palestras la de Hermés. Aunque no tenemos descripciones de ellas, lo probable es que consistieran

en concursos de recitación y de canto y en certámenes de agilidad y de fuerza, con premios de laurel á los vencedores. De este modo, desde temprano, una noble emulación mantenía las facultades del hombre en ese estado fecundo de juvenil entusiasmo, de alegre impaciencia, que encontrando infinitas delicias en la actividad, hace de la lucha misma, y no del resultado de la lucha, el objeto perenne de la vida; y la Gloria, esa divina injuriada que los pueblos enfermos creen vana como el humo y pérfida como la mujer, porque en sus corazones no hay lumbre ni amor, en Grecia inspiraba, fiel y justiciera, las grandes acciones de la voluntad y las altas obras de la inteligencia.

Esta educación literaria, musical y plástica continuaba para el efebo fuera de la escuela y de la palestra. En todos los actos de la vida pública, hasta en los más serios, el griego puso su sonrisa, su gracia, su gusto. El año heleno era una sucesión de ceremonias patrióticas y religiosas, mejor dicho, era una fiesta perpetua en que los sentimientos de religión y de patria, exaltados y adornados por el arte, cantaban en la lira de Píndaro: «Athenas, ciudad brillante, inmortal, coronada de violetas . . . .» Oid este coro que nos enseña más que todas las descripciones que de las fiestas áticas han hecho los eruditos; es un coro que cantaban las «Nubes» de Aristophanes en el teatro: «Vírgenes dispensadoras de las lluvias, vamos hacia la tierra fecunda de Pallas, miremos el reino de Kékrops,



rico en grandes hombres y mil veces amado. Allí encontraremos el culto de las iniciaciones sagradas, el santuario místico de las ceremonias santas, las ofrendas á las divinidades celestes, los templos magníficos y las estatuas, las procesiones tres veces santas de los bienaventurados, las víctimas que, coronadas, se inmolan á los dioses; los festines en todas las estaciones; y, en la primavera, la fiesta de Bromios, los cantos melodiosos de los coros y la música de las flautas tremulantes.» Ya se comprende que este contacto constante de los hombres, esta comunión activa en la *res publica,* desarrolló en los griegos de una manera extraordinaria la sociabilidad, y con ella, la tolerancia, que es la flor más fina del jardín humano. El atheniense era naturalmente expansivo y amable, gustaba de la amistad y de la conversación; á la sombra de los olivos de la Academia discurría con palabra escogida y clara, oyendo cantar las cigarras del estío y llevando él mismo, como un símbolo, una cigarra de oro en sus cabellos ensortijados.

Por último, la instrucción elemental era obligatoria en el Atica. Los campesinos y los rústicos que en la comedia asomaban sus groseras máscaras pintorreadas, sabían leer y escribir. Por centenares se contaban los maestros. El Estado no tuvo necesidad de abrir escuelas oficiales. Sólo en un caso se encargaba directamente de la educación de los niños, cuando éstos eran huérfanos de padres que habían muerto

por la patria. En tiempo de Perikles puede decirse que no había un solo analfabeta en Athenas.

«Así se explica, dice Paul Girard, el gusto de los athenienses por la poesía. El poeta, en Athenas, no habla, como entre nosotros, para los selectos: no se eleva sobre el vulgo, comprendido tan sólo de los letrados. Se dirige á todos y todos saben gustarle, porque en todos despierta antiguos recuerdos. En esta sociedad nutrida con leyendas, las leyendas cantadas por la poesía encuentran un eco natural, y si el hombre maduro sigue con pasión las peripecias de los dramas que ve en la escena, si penetra sin esfuerzo en la invención del poeta, es porque los relatos que constituyen el fondo de esos dramas lo han encantado en su edad juvenil, y porque junto á la vida positiva él mismo se ha formado otra vida, toda de ideal, á la que se transporta sin trabajo alguno, por poco que se solicite su imaginación.»*

* Obra citada, pág. 81.

---



## III

Este era, señores, el público que asistía al teatro; esta era la sociedad cuya imagen recogió y reflejó el arte trágico, con la fidelidad de un espejo. En todo atheniense del siglo V había un coreógrafo, un escenógrafo, un poeta y un músico. Los grandes trágicos de Athenas fueron todo eso, en el grado más ó menos alto en que las individualidades geniales condensan, representan y expresan el genio de su raza y de su tiempo. Para tal público, tales poetas.

Los tres gloriosos hijos espirituales de Dyonisos representaron la rapidísima evolución de la Atica en sus tres momentos culminantes: la lucha heroica, la prosperidad plena y el inquieto decaer. Sus edades se escalonan como las de tres hermanos: Eskylo, á los cuarenta y cinco años ensangrentó con sangre de sus heridas los laureles de los concursos dyonisíacos, combatiendo en Salamina sobre las galeras heroicas de Themistokles; Sóphokles, apenas efebo, blanco y desnudo como Apolo, danzó y cantó el peán en la playa frente al trofeo de la victoria; y Euripides dió el primer grito de la vida en una pobre cabaña del interior de la isla cuando las naves chocaban en el mar sus espolones enemigos.

Eskylo es el viejo ático, aristócrata y religioso. Descendía de la generación que levantó en el Agora un monumento á los Tiranicidas; y fué iniciado en los misterios de Eleusis, en el culto pacificador y purificador de la *Mater Dolorosa,* de la transparente Demeter. Su espíritu se formó con ejemplos severos y con prácticas augustas. Atrevido y grandioso era el arco de su cabeza; meridiana la claridad de sus pupilas; y, como la gruta de bronce de la Pythia, resonantes y proféticos sus labios. En los momentos crueles del peligro persa, cuando Athenas necesitaba de mucha fe y de mucho valor en sus hijos, encontró en Eskylo un creyente y un héroe. Fué, dice una historia que parece canto de errante aeda, uno de los hoplitas que, en Marathón, después de peinar y trenzar sus cabelleras, como para una fiesta, se lanzaron á paso veloz, cantando estrofas guerreras, sobre las pesadas falanges de los bárbaros; y haciendo vivir, á fuerza de entusiasmo y de bravura, una sangrienta Rapsodia de La Ilíada, desbarataron al enemigo y lo arrojaron hasta la orilla del mar, en donde un hermano del poeta, Cynegiro, murió homéricamente aferrando una galera persa con las manos, y, cortadas éstas, con los dientes, hasta que un segundo tajo hizo rodar su cabeza sobre las olas. Murió á los setenta años, al parecer desterrado, en Sicilia, en el ardiente y trepidante país de los Cíclopes, oyendo los rugidos del Titán que se sacude bajo la mole del Etna. Compuso para su



tumba este epitafio: «Esta piedra cubre á Eskylo, hijo de Euphorión. Nacido en Athenas, duerme en las fecundas planicies de Gela. El bosque sagrado de Marathón y el Meda de flotante cabellera dirán si fué valiente: bien lo vieron!» Así nos lo revela su obra, su colosal obra trágica: hondo, alto, pomposo. Con médula de su alma formó personajes «altos de cuatro codos, respirando lanzas y flechas, cascos de penacho refulgente, escudos forrados de siete cuerps de buey.» Su musa «celebró las virtudes heroicas de los Patroklos y de los Teukros corazones de león, á fin de contagiar con su ejemplo á los ciudadanos, apenas oyeran la trompeta.» Inventó palabras de sonoridades inauditas, de nunca vistos reflejos; construyó frases fuertes, compactas y bandera al viento, como ejércitos en marcha, y «llenó de almenas las alturas del lenguaje.»* Decoró la escena con magnificencias dignas del Olimpo; en su Coro cantó como cantan el mar, el misterio, el dolor, la anunciación . . . ., y tan alto levantó á la Humanidad sobre los coturnos trágicos, que la envidia de los Dioses la corona con una diadema de rayos. Como el árbol para erguirse frondoso necesita encajar sus raíces en las profundidades de la tierra, el poeta sólo alcanza el ideal cuando es verdaderamente humano, cuando tiene prendidas sus fibras en el corazón vivo y nutricio de los hombres. Por hu-

* Frases tomadas de *Las Ranas* de Aristophanes.

mano y por ideal, Eskylo es el trágico heleno que mayor fascinación ejerce sobre el filósofo y sobre el poeta.

Euripides —¡oh, pobre é inquieto y amargo Euripides!— es el ático decadente. La vida le dió todas las amarguras que enferman, las del amor, las de la filosofía, las del arte. A falta de una, tuvo dos mujeres infieles; quiso, se dice, ser atleta y dibujante; bebió veneno intelectual en los *filosofaderos* de Athenas; fué raras veces coronado en los concursos trágicos; y la leyenda, cruel leyenda, charlaba que había muerto en tierra extraña devorado, como Acteón, por los perros feroces de las montañas del Epiro. ¿Qué de extraño tiene que haya sido, como lo llama Croiset, «un destructor de ilusiones?» ¿qué de extraño tiene que haya sido, como dice Benjamín Constant en un admirable anacronismo, «un volteriano?» Por eso introdujo en el teatro «el razonamiento, la argucia, la reflexión; y, con la vida íntima, las rufianas, las hermanas incestuosas, las Phedras impúdicas,» en fin, personajes con úlceras y en andrajos. Pero por eso mismo, por doloroso y por pesimista, es el más interesante para el psicólogo. «Se asemeja, escribe Paul de Saint-Victor, á Pédaso, el tercer caballo del carro de Aquiles, que no era de sangre divina como los otros dos, Xantos y Balios; pero que, dice Homero, seguía, sin embargo, á los corceles inmortales.»*

* Les Deux Masques.



Entre estos dos genios extremos está Sóphokles. *Entramos en la Belleza.* Es el Heleno perfecto, el ático por excelencia; es la razón limpia, la imaginación pura y el sentimiento exquisito de Athenas, en la breve é incomparable mañana de su gloria. Es el poeta eminentemente nacional.—Athenas, después de las guerras médicas, sintió crecer su alma; se exaltaron sus facultades, esas admirables facultades de prudencia en la disciplina y de audacia en la acción, de que había dado tantas pruebas para poder salvar á la Grecia; y logró consolidar su *imperialismo,* como hoy se dice, su *hegemonía,* como más bellamente se decía entonces, poniéndose al frente de la confederación de Delos, y guiada por el infalible genio de Perikles. Centro político y comercial del mundo griego, respetada y rica, fué también el foco del arte. Con el dinero de los aliados se atavió de templos y de estatuas; y atrayendo, magnética, á los filósofos, á los sabios y á los poetas, pronunció las palabras eternas que nos hacen vivir todavía. En las alturas del Akrópolis consagró el más bello de sus templos, el Parthenón, á Pallas tutelar, guerrera y omniscia. Y semejante al Parthenón fué la elocuencia del Dictador Olímpico envuelto, como una estatua, en los marmóreos pliegues de su manto, porque sus frases viriles y nobles, semejantes á columnas dóricas, encerraban, en pie y armada, una diosa, la verdad, blanca y vestida de oro y pedrerías como la que, dentro de la *Cella,* en el co-

razón del templo, habían pulido en el marfil las manos mágicas de Phidias. Y Sóphokles hizo vibrar en los labios de esta Virgen de marfil y de oro el Verso infinito de los espacios celestes.—Toda la vida del poeta fué canto y ambrosía. Tuvo de seguro una nodriza de lenguaje inmaculado, como las recomendaba Crysipo, que le murmuró muchas dulzuras en los oídos. Era afable, cordial y piadoso: puso constancia y alegría en sus amistades, calor y luz en sus amores, tranquilidad y esperanza en su culto. Bello como un dios, en los banquetes coronaba su cabellera rubia de violetas y desataba á la ironía su lengua elocuente. Era de los primeros en el gimnasio, y no tenía rival cuando, como un Musageta, cantaba acompañándose con la lira. A los veintiocho años obtuvo su primera victoria en los concursos trágicos, compitiendo con el viejo Eskylo. Oid cómo la relata Plutarco: «El auditorio estaba dividido; los partidarios de los dos rivales estaban á punto de llegar á las manos. El arconte Aphepsion no se atrevía á sacar en suerte, según el uso, los nombres de los cinco jueces. Cimón, cubierto de gloria por uno de sus recientes triunfos (había pacificado los mares de la Grecia y acababa de traer á Athenas los huesos de Theseo), llega al teatro con sus nueve lugartenientes. Apenas hicieron á los dioses su libación habitual, el arconte, súbitamente inspirado, ordenó á esos diez jueces que designasen al vencedor: nombraron á Sóphokles. El auditorio, emo-



cionado, respetó el veredicto de los generales victoriosos, y el lustre del juicio hizo callar los celos y las rivalidades. Al día siguiente Eskylo, humillado, partió para Siracusa . . . .»* Era la juventud que triunfaba; era la poesía verdadera de Athenas. La Diosa de Phidias no podía hablar de otra manera. Eskylo, con sus concepciones profundas y misteriosas, con su música solemne y fatídica, con sus grupos trágicos monumentales y arcaicos, y con su decoración escénica abigarrada y pomposa, fatigaba el espíritu de los athenienses, tan amante de la claridad, de la precisión y del buen gusto. En el genio de Sóphokles se reposaron con beatitud. Él dió á los diversos elementos de la tragedia sus proporciones justas y su tranquilo equilibrio; la epopeya, el lirismo, el drama, todo armoniza en su obra de arte con tal medida, en una gradación de planos y de tonos tan fina y tan suave, que produce el éxtasis de la belleza definitiva y eterna. Sus héroes no son ya las gigantescas víctimas del Destino inexorable que atraviesan el teatro empujados por la mano de un dios, seres primitivos en quienes el acto realiza con terrible violencia las imágenes alucinantes; sino los bellos y nobles tipos de una humanidad superior, conscientes de sus determinaciones, que llevan su destino en sus actos mismos, y que revelan en la lucha la grandeza del alma depurada

* Vida de Cimón.

por el amor y por el dolor. Su coro no es ya ese personaje multánime, activo, sugestionador, preponderante, que cubre la tragedia con un inmenso concierto de voces; sino una especie de *espectador ideal* de la acción que recoge en su espíritu las diferentes impresiones del drama y las expresa, purificadas con la música, en la pastoral jubilosa, en el himno grave y en la plegaria ardiente. Su estilo no es ya esa expresión torturada y ampulosa, obscura y relampagueante de la tragedia titánica; es límpido, diáfano; es el sol de Athenas; y el sol de Athenas, «penetra todo sin choque y sin resistencia, inunda de luz los objetos, pero baña sus contornos voluptuosamente, lo mismo que las olas de su golfo van á unirse con dulzura á las riberas doradas de Phalera.» Harmonía justa del pensamiento y de la expresión, la lengua de Sóphokles es semejante á esos peplos de mármol cuyos pliegues, en vez de ocultar, transparentan en todo su esplendor la forma serena de la estatua. Toda poesía es turbia y amarga al lado de la suya tan cristalina y tan dulce. Junto á él, Eskylo parece un bárbaro pomposo y Euripides un impostor pedante. Fué el que más premios obtuvo en los certámenes dyonisíacos. Solamente una ocasión un arconte se negó á aceptarle una tragedia; el señor de La Harpe, que sabe el hecho, aplaude; y esto prueba, según Pitágoras, que las almas de los seres inferiores también transmigran.— Murió cubierto de gloria, á los noventa años, como su



viejo Edipo, «sin gemidos y sin dolores;» y la leyenda contaba que, recitando los coros de su poema preferido, Antígona, y fijas las sonrientes pupilas en el oro de un ocaso de transfiguración, se le había apagado la voz y se le había caído la lira de las manos . . . . En su tumba grabó el cincel una sirena. Athenas le erigió un santuario y le consagró culto.

---